



Requisitos bíblicos Integridad (2º parte)

por Chuck Gianotti

Como mencioné en el último número, a pesar de que la integridad no está específicamente enumerada en las Escrituras como un requisito para los pastores de la iglesia, con certeza debería ser una de las características de una persona del calibre de un anciano. La primera característica del hombre del Salmo 15 en la integridad (vs.2 RV1960). Esto se transforma en el tema de todo el salmo. Nosotros continuamos ahora con la tercera y la cuarta característica de la clase de hombre que describe el Salmo 15.

Habla verdad en su corazón (Salmos 15:2b)

El tercer rasgo del hombre del Salmo 15 tiene que ver con la veracidad. En otro Salmo, David lo expresa de esta manera: *“He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo...”* (Salmos 51:6). La verdad en el nivel más íntimo es tan necesaria para la integridad como el aire para el viento. La verdad es la sustancia de la integridad, de la misma manera en la que el aire es la sustancia del viento. La verdad no es simplemente uno de muchos rasgos, la suma de los cuales forman la integridad. La verdad impregna cada rincón, cada acción, cada pensamiento de la vida de un hombre con integridad.

En este punto debemos aclarar de alguna manera que la integridad es un proceso cuyo final alcanzaremos cuando estemos en la gloria. La integridad perfecta es ilusoria en nuestro estado previo a la resurrección. La meta para nosotros es un movimiento progresivo para ser un hombre veraz. Así como cuando aprendemos a andar en bicicleta, caemos de vez en cuando pero seguimos adelante y aprendemos.

Ahora, la verdad tiene que ver tanto con decir la verdad a los demás en nuestras relaciones interpersonales como también reconocer la verdad sobre nosotros mismos, ya sea buena o mala. Por ejemplo, David demostró una gran integridad cuando reconoció la verdad de su completa pecaminosidad:

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” (Sal. 51:4-5)

Por eso la integridad se relaciona aun con lo veraces que seamos con nuestras fallas internas. Como ancianos no debemos mostrar una imagen falsa de nosotros mismos como si no tuviéramos faltas o tuviéramos pocas.

Esto no significa que siempre deberíamos ventilar nuestros “trapitos al sol”. Pero a menudo, en nuestra vida cristiana caemos en la trampa de actuar como si el hecho de cumplir con la ley nos hace espirituales. Esto incluye una clase de “ley cristiana” que toma enseñanzas del Nuevo Testamento pero que deja de lado la gracia, como si la

justicia y la santidad perteneciesen ahora a los que “hacen” las cosas bien. Si nosotros, como ancianos, tratamos las instrucciones del Antiguo Testamento como una forma de ley, comunicamos una espiritualidad basada en la ley a la grey de Dios por la que Cristo murió. La única “ley” para los cristianos ahora es el nuevo mandamiento, “la ley del amor” (ver Juan 13:34, 1 Juan 2:7). Todo lo demás surge de esto. ¿No es esto simplemente una afirmación de los dos grandes mandamientos de los que habló Jesús? ¡Sólo un fariseo podría objetarlo!

La verdad del asunto es que continuamente fallamos con el segundo rasgo del hombre del Salmo 15, es decir: “El que... hace justicia” (ver el artículo previo de estas series). Allí radica la veracidad de la integridad. ¿Cuántas veces escuchamos a los místicos de antaño: “Yo solo soy un pecador salvo por gracia”? Presten atención al siguiente ejemplo de Pablo del tiempo presente que usó al admitir: “los pecadores, de los cuales yo soy el primero.” (1 Ti. 1:15, ver también Ro. 7:14-25).

Como ancianos, debemos llevar la delantera de la veracidad en este nivel. No simplemente una repetición condescendiente de “Yo soy un humilde siervo...” sino una honestidad real, en la que un anciano confiesa con libertad cuando ha pecado contra los demás. Esto es un ejemplo para todos los demás de la verdadera piedad: no la ausencia de pecado, sino la confesión de pecado y la inherente aceptación de la gracia de Dios.

Muy a menudo nos sentimos amordazados por el temor de que alguien salte y diga: “Usted se descalifica a usted mismo para ser un anciano.” Pero la verdad hará libre a un anciano de un falso sentido de santidad que nadie puede emular. Lo que la grey de Dios necesita son más ejemplos de honestidad como el de David, el modelo de cómo un hombre de Dios trata con su pecado.

Obviamente, algunos actos pecaminosos (especialmente cuando son *características* de un anciano) pueden traer como resultado la descalificación y la remoción de ser anciano. Pero hay una larga lista de conductas pecaminosas que no son descalificadas necesariamente, pero que requieren de honestidad. Los ancianos no deben ser contenciosos, por ejemplo, pero a veces nosotros *peleamos*. A veces un anciano puede tener una actitud pasiva-agresiva (como la de resistir tozudamente decisiones de una manera no manifiesta). Esto no significa que el anciano está inmediatamente descalificado, a menos que ésta se transforme en un patrón de su conducta. Lo mejor es que lo enfrentemos apenas sucede y pidamos perdón para no descalificarnos a nosotros mismos desarrollando un estilo de vida con una conducta pasivo-agresiva. Si creemos realmente que nosotros no seremos perfectos hasta que seamos promovidos a

(continúa en la página 4)

Las palabras “anciano” y “diácono” traen a la mente toda clase de ideas para las persona de hoy en día; ¿será tal vez un culto o un vestigio de un tiempo pasado? ¡Sin embargo, estos términos describen el liderazgo de una iglesia Cristiana normal! Los primeros misioneros nombraron ancianos en cada iglesia (Hechos 14:23), los ancianos y los diáconos existían juntos en la iglesia de Filipos (Fil. 1:1) y Pablo probablemente pensó en ellos para trabajar juntos cuando escribió las instrucciones sobre el orden en la iglesia a Timoteo, su hijo en la fe. (1 Ti. 3).

¿Quiénes son, cuál es su función y cómo pueden servir juntos en armonía?

Orígenes

La palabra “anciano” simplemente significa un hombre mayor o más maduro. Las sinagogas en los tiempos bíblicos, dependían de hombres mayores para pedir consejos sabios y para tomar decisiones, por eso es comprensible que las primeras iglesias emplearon el término para sus líderes espirituales. Uno puede encontrar la transición en el liderazgo de “apóstoles” a “apóstoles y ancianos”, y de ellos a “ancianos” solamente en el libro de Los Hechos. El patrón de Nuevo Testamento para el liderazgo en la iglesia es la pluralidad de hombres llamados ancianos o sobrevedores.

La palabra “diácono” significa siervo, también aparece desde el principio como una pluralidad de hombres designados como asistentes de los ancianos. La explicación más natural de su origen parece estar registrado en Hechos 6 cuando son elegidos siete hombres para proteger a los apóstoles de enredarse en preocupaciones temporales de la iglesia. A pesar de que la palabra “diácono” (diakonon) no se usa en este pasaje, las palabras relacionadas para “ministerio” (diakonia) y el verbo “servir” (diakoneo) aparece tres veces, por eso la inferencia de que este pasaje presenta a los primeros diáconos es razonable y ha sido adoptado por la mayoría de los expositores.

Función

El espacio no nos permite una explicación extensa de los deberes de ambos siervos (consulten los 5 artículos en APA publicados en el año 2000 sobre las tareas de los ancianos, y “La bendición de los diáconos” APA Marzo, 2004), De todas maneras, un breve resumen de sus respectivas esferas de trabajo nos ayudarán a entender la cercanía con que podrían trabajar juntos en bien de una iglesia.

Los ancianos son responsables de la ali-

mentación espiritual, el liderazgo y la protección de la grey, descrito muy apropiadamente como “apacentad la grey de Dios”. Los diáconos se ocupan de las necesidades financieras y temporales de la gente con un énfasis que pareció ser puesto (por lo menos al principio) en los pobres y las viudas. De esta se proveyó para el amplio espectro de “las necesidades de la gente” que existe en la comunión de los creyentes. Esto es coherente con el ejemplo de establecido por el Señor Jesús durante Su ministerio terrenal. Él trajo un mensaje de vida y esperanza para el mundo, pero Él constantemente ministró a las necesidades del cuerpo y del alma; “*éste anduvo haciendo bienes*” (Hechos 10:38 RV1960).

Algunas asambleas más pequeñas hoy no sienten la necesidad de un grupo reconocido de diáconos. Es verdad que los primeros diáconos no fueron elegidos hasta que “creciera el número de los discípulos...” (Hechos 6:1) Sin embargo, los líderes espirituales siempre deberían estar discipulando a hombres más jóvenes para que eventualmente los reemplacen; el hecho de trabajar con un grupo reconocido de diáconos es una buena manera de hacerlo.

La inevitabilidad de la superposición de funciones

Dos extremos han siempre plagado el trabajo de la iglesia. Uno es el fracasar al proveer un liderazgo adecuado que supla las necesidades; el otro es la organización excesiva y el apagar la obra del Espíritu Santo porque Él activa a hombres y mujeres comunes de la congregación. ¡Debe mantenerse el equilibrio!

El hecho de que esto no implica simplemente tener “una mentalidad de negocios del mundo”, como algunos lo llamarían, se demuestra al mirar cuidadosamente lo registrado en la Biblia. Está escrito que el diácono Esteban, “lleno de gracia y de poder” y que “hacia grandes prodigios y señales entre el pueblo.” Al defender la fe, leemos que sus opositores “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.” (Hechos 6:8,10).

Un poco tiempo después, está escrito que el diácono Felipe “descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo” con resultados significativos. (Hechos 8:5). Uno podría esperar que

estos ministerios tan espirituales estuviesen restringidos a los apóstoles, por lo menos por unos años hasta que los diáconos recientemente nombrados hubiesen servido como aprendices. Pero, por el contrario, vemos cómo ellos comenzaron a compartir el trabajo espiritual de la iglesia con libertad y efectividad.

Por otro lado, cuando las noticias de una inminente hambruna llegaron a la iglesia de Antioquía y se levantó una colecta para ayudar a los santos pobres de Judea, está escrito que la ofrenda la enviaron “a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo”. (Hechos 11:30). ¿Por qué no la enviaron a los diáconos? De nuevo es evidente la superposición de los ministerios.

Las opiniones en cuanto a esto varían, pero estos incidentes muestran que la iglesia debería ser cuidadosa para no crear departamentos mutuamente exclusivos con autoridades rivales que los controlen. Claramente, hay un aspecto espiritual en el trabajo de los diáconos, tanto en el desarrollo de sus propios dones como cristianos y en la administración de los asuntos temporales de la iglesia. De la misma manera, los ancianos tienen libertad para involucrarse en todas las esferas de la vida de la iglesia, particularmente cuando disciplinan que las acciones y decisiones tengan un impacto espiritual en la obra, como es el caso a menudo.

Por eso, vemos que la superposición en las áreas de liderazgo son inevitables, de hecho, esenciales. Como compañeros en la comunión de la obra de Dios, los líderes deben aprender las habilidades de comunicación, deben aprender a ceder y de trabajar en equipo, para que el trabajo sea verdaderamente efectivo. Pero es precisamente aquí donde la unidad y la armonía pueden convertirse en blanco del ataque del adversario.

Trabajando en armonía

Siempre que haya grupos de gente que sirven juntos para una necesidad en común y tienen la autoridad necesaria para funcionar, existe la posibilidad de fricción. Es crucial reconocer cómo los problemas pueden introducirse en la iglesia. Porque “no ignoramos sus maquinaciones” (2 Co. 2:11).

Se ha escrito mucho sobre el tema de preservar la unidad de la iglesia. Sin querer simplificar el asunto, la observación parece justificar el hecho de que la mayoría de los problemas surgen de una misma fuente: el orgullo, la falta de un espíritu humilde del siervo. Los que lideran en la iglesia deben estar alerta para que no surja un espíritu de

(continúa en la página 3)

El rincón de las esposas Enfrentando la crítica

por Ruth Spender

A nadie le gusta la crítica, ese severo, a menudo cargado de emoción y a veces acusante intercambio que ocurre cuando los individuos no están de acuerdo en un asunto o una idea. Si usted está en una posición en la que tiene que tratar con la gente, usted *se enfrentará* a respuestas negativas. ¡Es un hecho inevitable de la vida!

¿Cómo podemos manejar este problema de un manera constructiva y espiritual? En este número del Rincón de las Esposas queremos pensar especialmente en cómo enfrentar la crítica dirigida a nuestros esposos. Nosotras sabemos cómo eso nos hace sentir, pero ¿cómo debemos reaccionar? Como los ancianos son líderes, a menudo son el blanco de comentarios injustos. Al saber esto, es bueno que desarrollemos un plan de acción para que no respondamos con nuestra vieja naturaleza cuando nos enfrentamos con la crítica.

Nunca olvidaré la primera vez que escuché a alguien criticando a mi esposo a toda voz enfrente de otros después que predicó el mensaje un domingo a la mañana en nuestra iglesia. Una madre de mediana edad con cuatro hijos se ofendió cuando mi esposo habló sobre cómo criar hijos para Dios porque nosotros no teníamos hijos propios. Recuerdo el sentimiento de injusticia seguido por un fuerte deseo de defender a mi esposo. Al tratar de enfrentar la avalancha de emo-

ciones que experimenté, comencé a comprender que había cuestiones más profundas en la vida de esta señora. A pesar de que ella era esposa de un líder de la iglesia, su hogar y su familia no estaban en orden. Ella estaba arremetiendo contra mi esposo para defenderse. Mi esposo le recordó que la verdad de Dios es eterna y que nuestra experiencia o la falta de la misma no era la base del mensaje. Ella parecía no estar convencida. Durante un tiempo evité esta mujer, pero el Señor me dio convicción de que yo realmente no la había perdonado. Los principios que aprendí de ese encuentro me han servido a lo largo de nuestros años de ministerio. Me gustaría compartir algunos de ellos con ustedes.

A veces cuando nosotras o nuestros esposos somos criticados, estamos tan heridas que no podemos ver toda la situación. Aquí es donde podemos ser de tremenda ayuda mutua. La primera cosa, por supuesto, es orar juntos por lo que ha pasado. Esto no solo les dará perspectiva para lidiar con el problema, los unirá como pareja. Sólo nuestro Padre Celestial puede darnos el corazón con amor que necesitamos para lidiar con alguien que pudo haber sido muy desagradable. Den un paso atrás y den una mirada firme y objetiva para ver si hay un elemento de verdad en lo se dijo. Tal vez pudiera ser que cambios sean necesarios en nuestra forma de vida o ministerio. Hemos visto cómo las

actitudes críticas simplemente desaparecen cuando le agradecemos a la persona que se haya acercado personalmente a nosotros, en lugar de murmurar a nuestras espaldas.

Trate usted que la otra persona se anime a hablar. Escuche lo que él o ella realmente están diciendo. ¿Hay algún tema legítimo que debe enfrentarse? ¿Es un grito para pedir ayuda o tal vez una expresión de celos o una herida? Considere el trasfondo de la persona, sus experiencias de vida y sus circunstancias actuales. No deberíamos ser tan sensibles como para estar pensando siempre que solo son acusaciones que nos hacen.

Sólo después de analizar el tema en oración podemos dejar el problema atrás y “no recordarlo más”. Esto no significa que necesariamente vamos a olvidar que el incidente ocurrió, pero elegimos dejar pasar la situación. Rechazamos repetirla una y otra vez en nuestras mentes, o a tenerlo en cuenta en contra de la persona. Cuando hemos hecho lo mejor de nosotros para aclarar el problema, dejamos el resto al Señor.

A veces hemos hecho todo lo que estaba nuestro alcance para buscar una solución sin éxito. Como Pedro diríamos: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (1 Pedro 4:19). Dios es el Juez Supremo, y nosotros debemos esforzarnos en descansar en esto. (APA)

Ancianos y diáconos (cont.)

cellos o competencia en la mente y se establece en el corazón. El Señor Jesús reconoció esto rápidamente en Sus discípulos y habló en contra de esto. Vario pasajes de las Escrituras registran discusiones de los discípulos acerca de quién llegaría a ser el más grande en el reino.

Como respuesta, la advertencia del Señor es tan necesaria hoy como en los tiempos bíblicos: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo.” (Mt.20:25-27)

El deseo de usar la autoridad dada por Dios para controlar a otros, para tener un lugar prominente, siempre es una tentación. ¿Cómo pueden los líderes estar en guardia contra estas inclinaciones naturales del corazón? A continuación tenemos algunas preguntas para consideración personal. También podrían ser interesantes para dis-

cusión en reuniones de liderazgo

Preguntas para considerar

- ¿Tengo la firme convicción de que los pecados de orgullos y envidia contristan al mismo Espíritu, de cuyo poder dependemos para la bendición de la iglesia? ¿Puede reconocer que se me ha encomendado humillarme a mi mismo y esto es algo que tengo la capacidad de hacer para obedecer? (1 Pe. 5:5).

- Cuando surgen las dificultades, ¿acostumbro a juzgarme a mi mismo en vez de juzgar a mi hermano, recordando que debo enfocarme en mi propio ojo cuando pienso en la paja del ojo ajeno?

- Cuando enfrentamos juntos decisiones y proyectos en la obra, ¿puedo ponerme como meta tener el deseo interno de ver a mi hermano como una persona competente, más que focalizar mi atención en sus defectos?

- ¿Me doy cuenta de lo desmoralizador que es el pecado de hablar mal de otros, y he resuelto no involucrarme con este pecado?

- ¿Estoy dispuesto permitir que un hermano tome decisiones, para prepararlo para cuando enfrente una situación difícil?

Se pueden hacer muchas preguntas similares pero al final todo se resume en amar al Señor Jesús y desear que Su mente se reproduzca en nosotros. Puede no haber verdadero crecimiento y bendición en la iglesia cuando hay maldad y amargura entre los líderes. Por otro lado, las aparentes grandes deficiencias en bienes o talentos no son un obstáculo para el Señor, Quien camina entre las lámparas inspeccionando la luz que emiten. (Ap. 2:1-3).

Conclusión

Al describir la armonía que debería existir entre los hermanos, David, en el Salmo 133, agrega una perspectiva interesante diciendo que “allí envía Jehová bendición...” (versículo 3). Que el Señor dé a los ancianos y a los diáconos la gracia de “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.” (Ef. 4:3). (APA)

Integridad (cont.)

la gloria, esta honestidad tiene sentido.

En lo que respecta al resto del Antiguo Testamento, el Salmo 15 refleja un patrón que no es otra cosa que el carácter de Dios. El *es* La Verdad (Juan 16.4). Como Sus seguidores y pastores del pueblo de Dios que desean ser la clase de hombre del Salmo 15, queremos ser como Aquel que es la verdad. En la medida que vivamos vidas en la verdad, nos sentiremos crecientemente como en casa en la presencia de Dios, que es de lo que se trata el Salmo 15.

¿Cómo encaja esto con Hebreos 4:16 que dice que debemos acercarnos confiadamente “al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro? ¿Presenta el Salmo 15 un acercamiento a la presencia de Dios con esfuerzos humanos como oposición al acercamiento enfocado en la gracia? Ambos encajan a la perfección. Sólo los que son honestos con la necesidad profunda de su alma y se aferran a la misericordia y la gracia de Dios pueden sentirse verdaderamente confiados en la presencia de Dios. La gracia no es ciega ante la doble cara de la hipocresía. Ni Dios ni el pecador es engañado. Una persona no tendrá confianza para entrar en la presencia de Dios si no cree que necesita gracia y misericordia. La confianza solo viene con el reconocimiento de nuestra necesidad, y por la aceptación, de la gracia y la misericordia.

Recuerdo una discusión entre cristianos acerca de un inconverso con una conducta repulsiva y avasallante. Una persona del grupo, relativamente nueva en la fe, trataba de animar a otros creyentes a ser más pacientes y a aceptar al inconverso. Después de todo, este hombre tenía la misma necesidad de la gracia transformadora de Dios que tenían ellos. Frente a esto, otro creyente de años, expresó con enojo: “Yo puedo necesitar la gracia de Dios, pero no la necesito tanto como este hombre repugnante.” ¡Ahí radica el problema! Todos necesitamos la gracia de Dios tanto como el

peor de los pecadores que podamos imaginar. Esto incluye a los ancianos: ¡nosotros todavía necesitamos la gracia de Dios!

Este nivel de veracidad debería ser la característica de nosotros como ancianos, debería impregnar todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Debemos ser rápidos para decir: “Estoy equivocado, por favor, perdóneme.” Un hombre de integridad admitirá: “Me estuve sirviendo a mi mismo en nuestra última reunión de ancianos cuando insistí en que se hiciera lo que yo quería. Hermanos: ¿me perdonan?” O: “No fue correcta la manera en la que atacé lo que el resto de ustedes sentían que el Señor nos estaba guiando a hacer.” O: “Por favor, perdóneme por no escucharlos. ¿Pueden explicarme de nuevo su punto de vista para que pueda entender?”. “Lamento haber distorsionado o malinterpretado la verdad en la manera que influyó en los demás para que piensen de una manera equivocada.”

El que no calumnia con su lengua (Salmos 15:3a)

Un hombre como el del Salmo 15 no anda por ahí haciendo circular y dando información de otro con el propósito de dañar la reputación de esa persona. Esta es la cuarta característica que encontramos en el Salmo. La palabra hebrea para “calumnia” tiene el contenido básico “propagar”, usado aquí en el sentido de salirse del camino para dar información un más de una manera más o menos encubierta. El Apostol Santiago lo expresa bien cuando lo escribe como “murmurar” o “hablar mal de otro” (Stgo. 4:11).

Los ancianos que son hombre de integridad no deberían calumniar a otros. ¿Esto significa que los ancianos nunca deben hablar entre ellos sobre la conducta negativa de alguien? Para nada. Hay veces cuando es necesario tener una discusión abierta para lidiar con problemas y conflictos desde una posición de realidad y

verdad. Cuando los ancianos tienen un sentido distorsionado de la “confidencialidad” pueden entorpecer seriamente la resolución de los conflictos en la iglesia.

Si embargo, se debe ser cauto al hablar de la gente entre los ancianos. La motivación debería ser el amor por la grey de Dios, el patrón debería ser la verdad y la meta debería ser una resolución o resultado positivo. La calumnia, por otro lado, revela la intención de dañar la reputación de otra persona, se ignoran los patrones de verdad y la meta es exaltarse a uno mismo a expensas de la otra persona.

Como ancianos debemos resistir la urgencia de pasar una perspectiva subjetiva de los demás sin una investigación cuidadosa. Hace unos años un individuo me “informó” que cierto ministerio cristiano había cambiado su declaración doctrinal, sin duda una acusación de la que había que estar seguro. Después de preguntarle más, él me aseguró que tenía fuentes fidedignas, a pesar de que no me las dio a conocer. Yo investigué la acusación llamando al Director del ministerio en cuestión directamente, para averiguar si estas cosas eran verdaderas. Él me afirmó que su declaración doctrinal *no* había cambiado y que ninguna persona del ministerio había apoyado ese error doctrinal. Siguiendo el ejemplo de la casa de Cloe (1 Co.1:10), le informé al líder del ministerio acerca del individuo que estaba propagando esta falsedad. De todas maneras, el daño ya estaba hecho y muchos siguieron pensando que la organización había caído en un error doctrinal. “*El que encubre el odio es de labios mentirosos; y el que propaga calumnia es necio.*” (Pr. 10:18). ¡Que esto no se diga de nosotros como ancianos!

En el próximo segmento de estas series sobre la integridad, vamos a ver la quinta y la sexta característica de la clase de hombre descrito en el Salmo 15. (APA)

Apuntes para Ancianos

Editor: Chuck Gianotti
Traducción al español: Liliana B de Torres
Editor Asistente: Daniel Masuello

CÓMO CONTACTARNOS

Elders' SHOPNOTES
c/o 195 Woodside Drive
St. Catharines, Ontario, Canada
Email: apa@apuntes-para-ancianos.org
VOZ: 905-294-2679
WEB: apuntes-para-ancianos.org

COLABORADORES

Jack Spender
Maestro biblico

Chuck Gianotti
Maestro biblico

Ruth Spender

“Apacenta la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella ...”

1 Pedro 5:2a

SUSCRIPCIONES

APA se publica bi-mensualmente de acuerdo a la provisión del Señor. Para suscribirse escribanos a la dirección citada a la izquierda, y le enviaremos su ejemplar por correo postal. También puede visitar-nos en www.apuntes-para-ancianos.org y descargar del archivo el ejemplar deseado en formato pdf. Para acceder a la versión en inglés, acceda a <http://bible-equip.org/esn/archives-2>. La suscripción es gratuita, pero si encuentra que el material es de ayuda y deseara colaborar con este ministerio, le agradeceremos enviar su aporte pagadero a C.R.Gianotti. Sus comentarios son bienvenidos como así también cualquier sugerencia en relación a los artículos.